

América en los libros

Cine o sardina, Guillermo Cabrera Infante, Alfaguara, Madrid, 1997, 505 pp.

En este espeso volumen, el actual Premio Cervantes viaja por toda una vida dedicada al cine, al margen de la ya invertida en la novela. Cine o sardina era la tesitura en que la madre del autor los sometía a él y a su hermano; evidentemente, escogían ir al cine en vez de degustar un pescado, extrañamente escaso en la isla.

La lista de personajes que tienen que ver con el cine, o a los que Cabrera compromete con él, resulta variada, rica, universal hasta lo enciclopédico. Así, desfilan en forzosa armonía Kafka, Guarnier, William Holden, Cantinflas, Chaplin, Orson Welles, Laurence Olivier, Minelli, la Marilyn, Melanie Griffith, Sharon Stone, Groucho y hasta el mismo Almodóvar. De todos se cuentan sino anécdotas de sus vidas privadas que no tienen nada que envidiar a las peripecias guionísticas, por lo menos historias que, efectivamente, tuvieron lugar en el mundo y vida del cine. Cabrera imprime un ritmo totalmente visual al relato y hace que lo más pueril se transforme en una situación digna de figurar en la gran pantalla de sus páginas.

Cualquiera de los relatos podría servir de botón de muestra, pero la necesidad obliga a escoger al azar. No hay riesgo a equivocarse ni a ser injustos con el autor o con los personajes. Mae West sirve de embajadora en el día en que Cabrera se entera de su muerte y de cómo la prensa ligera y hasta sucia se enzarza en aventurar sobre su edad. Poco le importa a Cabrera y a nosotros también; lo que más, la impresión positiva y de eterna fascinación cuando conoció a la diva. La mulata rubia de Brooklyn, como la describe, no era una caricatura de sí misma, a pesar de la cirugía, los cosméticos y los brillantes. Por dentro seguía como cuando empezó, como cuando toda la vida, como después de la muerte, pues para eso estaba ahí Cabrera Infante, triste infante difunto, privándose de la sardina para seguir eternamente en el cine.

Café nostalgia, Zoé Valdés, Planeta, Barcelona 1997, 361 pp.

La protagonista de esta obra, escrita en primera persona, trata de huir de la fama. El éxito es una pesada cadena a la que trata de endulzar con una búsqueda dentro

de sí misma, como para no perder el norte que no es otra que una cubanidad amenazada. El exilio transforma de manera brutal al desterrado, quien no tiene más remedio que defenderse por medio del arraigo a la nueva tierra que le está dando la vida.

Pero en *Café nostalgia* Marcela trata no sólo de salvarse ella sola, sino en ser una especie de faro para todo el exilio cubano disperso en la inmensidad de París, y el mundo entero. De claros tintes autobiográficos la obra, ganadora del Premio Planeta en su última edición, narra las amarguras de la vida bajo la dictadura castrista, el cómo van saliendo familiares y amigos del país, hasta el definitivo día en que los padres de la protagonista hacen lo propio y ella se convierte en una apestada. Entonces las consignas, la educación y la mística del régimen se derrumban para la joven que empieza a tejer su propia identidad, trabajo que no acabará nunca, pues ya fuera de Cuba esa introspección continúa.

Sin proponerse una estructura rígida, *Café nostalgia* presenta una columna vertebral introducida por los cinco sentidos. Y no es que la autora describa minuciosamente en qué consisten el gusto, el tacto y los demás; sólo que a través de ellos, muy levemente, lleva la narración en una especie de laberinto un tanto garciamarquiano. Un viaje que, a

pesar del señalado viso autobiográfico, lo es también de los personajes que en nada se parecen a la protagonista. Viaje en el que todos son pasajeros a lo largo del pasado y el presente, enfrentando sabiamente la realidad de los países de adopción y el drama del exilio. *Café nostalgia* no es una obra políticamente correcta en el sentido gratuito de la expresión artística española de las últimas décadas; es lo justamente anticastrista, sin ensañarse con nada ni nadie.

Contextos para Maqroll, Álvaro Mutis, *Igitur/Mito*, Colcultura, Santafé de Bogotá, 1997, 170 pp.

Aunque Maqroll el Gaviero no es un heterónimo de Mutis en el sentido pessoano del término, sí es fiel trasunto del autor o, mejor, del autor que vive dentro del mismo. Mutis se desdobra de forma magistral en un ejercicio esquizofrénico que le va bien con la imagen bancaria que proyecta. Si la obra en prosa de este autor colombiano está empapada de poesía, ya en ésta se advierten las mismas obsesiones que acabarían fraguando un personaje quijotesco, perteneciendo en exclusiva a la novela.

En *Contextos para Maqroll* Mutis trata como de «justificar» la creación del Gaviero, trayendo a

colación la obra de otros autores en las que el personaje es un heterónimo o viaja eternamente por la vida. Hay en todos ellos una preocupación por el destino, aunque sea el suyo el de un poderoso rey; como en el caso de Carlos I que tiene en sus manos miles de vidas ajenas a las que mandará a una muerte segura y no puede hacer nada para remediarlo, pues se lo prohíbe su sino de monarca. Otros como Barnabooth, trasunto de Valéry Larbaud, quien guarda semejanzas con el propio Mutis, pues es un aristócrata peruano quien encarna al romántico hispanoamericano fascinado por Europa y, al mismo tiempo, no absorbido del todo por ella. Poesía inmensa y dura, como un sello que separa vida y muerte, es la Monny de Bouilly en *Acogida al capitán* donde los elementos se desafían mutuamente a cada instante, en una mezcla de triunfo y derrota, suicidio y resurrección, que enuncian las fuentes, o los compromisos, de toda la obra mutisiana.

Todos los textos de esta entrega fueron publicados a lo largo de varios años en periódicos y revistas. Gracias a la iniciativa de Santiago Mutis Durán, hijo del escritor, son ahora catalogados, si se me permite la mercantil figura, en un orden que indaga en esa alma oscura y brillante, atormentada y serena a la vez de Maqroll el Gaviero.

Antología poética, Fernando Charry Lara, *Igitur/Mito Colcultura, Santafé de Bogotá 1997, 131 pp.*

La demoledora, por sugerente, poesía de Charry Lara se vierte en esta cuidada edición de Colcultura; el ya legendario instituto para la difusión de la literatura colombiana, una isla amable en aquel castigado país. La lírica de Charry se extiende en un universo de temas difícil, afortunadamente, de catalogar. No hay una temática específica que preocupe al autor, queriendo captar el mundo poetizable en su totalidad. A fe que lo logra en una construcción anárquicamente organizada, donde nada falta ni sobra.

Charry Lara se reclama, o lo reclaman, de la escuela pura colombiana, marcada toda ella por el hierro silvano. Desde que José Asunción escribiera su célebre *Nocturno*, la poesía colombiana y parte de la hispánica no sabe vivir sin meterse en la creación que provoca la paz de la noche. Noche que no es precisamente la vulgar ausencia del día; no necesita el poeta de un nocturno de estas características que el cielo esté negro y con o sin estrellas. El nocturno puede desarrollarse a pleno día y con sol radiante. Es el tiempo elegido, el ritmo que huela lo justo como para que el alma se encoja pero no muera del todo; es la bondad del desvelo, para que el sonámbulo se immortalice en una tragedia que no va a terminar por más que

amanezca; son las rosas negras que siempre están presentes, exhalando un vaho de muerte y de vida eterna, un suicidio que es al mismo tiempo resurrección.

En esta *Antología*, que copa más de tres fecundas décadas, la poética de Charry Lara guarda una fidelidad consigo misma que no tiene por qué estar reñida con la evolución. El verso se renueva, pero vuelve a sus raíces, denunciando el primigenio compromiso del autor con el arte desde la misma adolescencia. Las obsesiones que habrán torturado a Charry durante toda su vida ya le señalaron en la lejana juventud y le acompañan como un ángel fiero, carcelero más que de la guarda, pero marcador de un paso estético que es todo un testamento.

Incluye el volumen una sentida y, por supuesto, interesante correspondencia entre el autor con Cernuda, Aleixandre y Salinas. Como se ve, no hay desperdicio. Que aprovechen estas páginas.

Desde Cuba con valor, *Varios autores*, Editorial Pliegos, Madrid, 1997, 154 pp.

Este pequeño libro sería de mucha ayuda a las dos lecturas que hay que hacer del caso cubano. El mensaje va dirigido al progresismo español; a ambos, al verdadero y al falso. La Revolución cubana ha sido una de

las banderas de todo avance en materia de ideas, a medio camino entre la aspiración revolucionaria y el romanticismo. El hecho de que un pequeño país, capitaneado por un personaje carismático, se haya enfrentado a la más grande superpotencia que han visto los siglos, ha animado a ese sentimentalismo que se acaballa en la política, pero al que le falta un asentamiento verdaderamente ideológico. Cuba es y será materia de reflexión, punto de encuentro y enfrentamiento ahora y el día que Fidel Castro no esté.

En *Desde Cuba con valor* se aprecia lo que es vivir en la Isla día a día, una épica más emparentada con la miseria absoluta que con el fervor revolucionario. Las crónicas de todo esto, más la opresión política, asfixiante, que no se apreciaría ni en el más cruento franquismo, son recogidas por más de 17 autores. Son artículos de prensa aparecidos sobre todo en el *Nuevo Herald* de Miami y en los cuales no sólo se habla de política, sino más bien se trata de la ardua vida de Cuba; también hay cultura, folclore y temas varios de la Perla del Caribe, la que hace justamente 100 años se le cayó a la Corona española. Un libro desde la tragedia del exilio, la añoranza, el lógico vapuleo al régimen enemigo, pero sin un excesivo ensañamiento. Vale la pena leerlo. Invita a una amable reflexión.

Miguel Manrique